**NEURE KABUZ**

*Por JON AZUA*

***LA COMPETITIVDAD QUE QUEREMOS: UN MODELO VASCO DE BIENESTAR.***

 Desde los albores de esta última crisis económica en que estamos inmersos, el mensaje dominante se ha centrado en ***“la necesidad de salvar el sistema financiero, ajustar el gasto público y vivir de forma austera como pasos inevitables para recrear una economía competitiva”***. Cinco años después, salvar un “sistema financiero que se suponía ejemplar” se ha traducido en la destrucción de las Cajas de Ahorros (50% del mercado, entes territoriales de orientación financiera ,social y regional), la inexistencia de crédito al servicio de empresas y hogares, el endeudamiento de las Administraciones Públicas que tuvieron que acudir al rescate, el cuestionamiento permanente del modelo autonómico (hasta entonces, con todas sus críticas e ineficiencias por los temores a acometer un modelo confederal real, calificado como uno de “los secretos” del rápido y positivo desarrollo experimentado en 30 años) y un falso concepto de austeridad que ha terminado por congelar la economía, impedir el crecimiento, la generación de empleo y riqueza. Y, seguimos a la espera de un rescate real y oficial que resuelva el problema inicial: el sistema financiero, el apoyo de los mercados y la recuperación económica. ***¿Y donde queda la competitividad buscada, objetivo de toda reforma y ajuste?***

Necesitamos entender el significado real de la competitividad *(“un país es competitivo en la medida en que las empresas, personas, organizaciones e instituciones que operan en él son capaces de competir de forma exitosa a la vez que generan, de forma sostenible, salarios y estándares de vida elevados para sus ciudadanos”*) más allá del equivocado concepto de la suma cero (lo que uno gana lo pierde otro), en una guerra sin orden al estilo del “lejano oeste”.

En este contexto, Euskadi ha logrado marcar una determinada ventaja observable, que permite esbozar una pequeña satisfacción sobre el deber cumplido y contemplar un futuro incierto y complejo con esperanza. A la vez, permite que quienes reclaman la “*separación de tiempos y urgencias, para acometer la gestión de la economía y dejar ideologías y aventuras de autogobierno y capacidad de decisión para mañana”*, empiecen a entender que la economía y la gestión pública no son “piezas separadas” al margen del modelo de gobernanza, la política y la voluntad de los pueblos y ciudadanos ó de la voluntad y decisión de las personas en el seno de sus empresas o centros de trabajo. Hoy, disponen de hechos diferenciales, objetivos y favorablemente comparables con otras políticas y decisiones tomadas para comprenderlo.

 En esa *observación objetiva*, ***la ventaja competitiva de Euskadi*** se explicaría por la existencia de un tejido industrial y tecnológico no existente en el resto del Estado, por el acierto en no caer en la burbuja inmobiliaria y la cultura del ladrillo, por una gestión pública ordenada y controlada, por un esfuerzo emprendedor e internacionalizado por encima de la media, por una fiscalidad al servicio de la economía real e infraestructuras tangibles y útiles ,con contenido, por una sociedad activa y participativa, por un autogobierno real (al menos en vocación y uso de instrumentos propios) y por un esfuerzo y trabajo permanente. Pero siendo todos estos pilares observables fortalezas reales que han marcado la diferencia, suele destacarse menos otro gran pilar íntimamente relacionado con el desarrollo económico: ***la red de bienestar generada***. El éxito del “modelo vasco” reside en este conjunto de pilares y los valores asociados a ellos que han venido aplicándose desde el acceso al autogobierno en 1980.

 El “***Modelo Vasco”*** (este que hoy parecen haber descubierto incluso quienes lo ridiculizaron y torpedearon en el pasado) no es un modelo “economicista” sin rostro humano, sin un ¿para qué? Es, por el contrario, un modelo solidario al servicio de las personas. No puede entenderse sin la apuesta estratégica, firme y decidida, por una sanidad competitiva y de máxima calidad para todos, sin una educación competitiva y de calidad para todos, sin unos servicios sociales de calidad y para todos. Este pilar esencial no es reclamable solamente por razones de justicia, igualdad y solidaridad sino como columna determinante de la propia competitividad económica.

Nuestro modelo vasco del que nos sentimos muy orgullosos no es un modelo espontáneo ó casual. Es un modelo propio que, de la mano de un PNV que asumió responsabilidades de gobierno, optó por una filosofía socio-económica contracorriente. Es un *modelo intervencionista*, público-privado, con una clara interpretación de una economía social de mercado que no solo no puede dejar en las manos invisibles del mercado la “correcta” asignación de recursos sino que ha de dirigir el destino de nuestro “Estado de Bienestar”. Así, desde el momento cero, se optó por usar el sector público como dinamizador, empresario, impulsor de la determinada economía que heredamos de la dictadura, por reinventar un espacio político, económico y social inexistente y por comprometernos con el empleo, la salud, educación y riqueza de nuestros ciudadanos. De esta forma, el modelo vasco de competitividad en solidaridad, nos ha traído hasta aquí.

Sin embargo, en esta última semana (y como grave colofón de otras anteriores de desmantelamiento del modelo) hemos asistido a uno de los más graves ataques a sus fortalezas. El sistema sanitario da un grave salto atrás, suprime la universalidad que tanto costó conseguir, omite el hecho de haber pasado a financiarse desde el presupuesto público y no desde el sistema de cotizaciones, golpea la mayor de las vulnerabilidades e inquietudes del ciudadano y abre las puertas a un “perverso efecto dominó” que arrastrará la desigualdad entre ciudadanos, la agresividad migratoria contra el débil, la ineficiencia por decreto, el descontrol de su gestión y la inseguridad jurídica de los profesionales del sistema socio-sanitario.

Quienes nos sentimos orgullosos de haber contribuido en este pacto social por la competitividad y el bienestar de nuestro País, no podemos aceptar que falsos profetas de la supuesta nueva competitividad basada en bajos y peores salarios, peor y menor rol de las administraciones públicas, ajuste por ajuste tras el mandato impositivo de los tradicionales despistados burócratas de organismos multilaterales alejados de la responsabilidad directa sobre la vida diaria de las personas, nos arrebaten un modelo de éxito. Hoy, la sanidad, ¿mañana?

Sin duda, nuestra respuesta no es otra que el modelo vasco de competitividad en solidaridad. Lo importante no es el instrumento sino el objetivo que persigue: ***la mejora permanente y sostenible de nuestro bienestar.***